

¿REGIONES SINGULARES Y REGIONES SIN LUGARES? RECONSIDERANDO EL ESTUDIO DE LO REGIONAL Y LO LOCAL EN EL CONTEXTO DE LA GEOGRAFÍA POSTMODERNA

Abel Albet i Mas

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Geografia

RESUMEN

La postmodernidad y el postmodernismo obligan a replantear el concepto de región y el contexto de la geografía regional. En este marco, la noción de lugar, amparada en la herencia humanística y la inspiración estructuralista, abre nuevas posibilidades ya que permite una conceptualización mucho más flexible de la idea de región, entendida ahora como una comunidad de identidades. Una nueva geografía regional constituida por el estudio de lugares y de localidades (de contextos locales), plantea serios retos conceptuales y metodológicos que necesariamente hay que afrontar; sólo asumiendo dichos retos con actitudes abiertas y de compromiso, se podrá superar el anquilosamiento de la geografía regional tradicional y proyectar con éxito las explicaciones e interpretaciones socialmente relevantes que hoy se esperan de la geografía.

Palabras clave: Región, Lugar, Geografía Regional, Postmodernidad, Postmodernismo, Epistemología, Metodología.

ABSTRACT

The postmodernity and the postmodernism force to restate the region concept and the context of the regional geography. In this mark, the place notion, aided in the humanistic

Fecha de recepción: mayo de 2002.

Fecha de admisión: junio de 2002.

inheritance and the inspiration structuralist, opens new possibilities since it allows a much more flexible conceptualization of the region idea, understood now like a community of identities. A new regional geography constituted by the study of places and of towns (of local contexts), it outlines serious conceptual and methodological challenges that it is necessarily necessary to confront; only assuming this challenges with open attitudes and of commitment, one will be able to overcome the paralysis of the traditional regional geography and to project with success the explanations and socially excellent interpretations that today is expected from the geography.

Key words: Region, Place, Regional Geography, Postmodernity, Postmodernism, Epistemology, Methodology.

A place, as well as a person,
may catch the glow...
It is part of the battle
against sameness.

E.M. Forster
Howards End

1. Y EN EL PRINCIPIO FUE LA REGIÓN...

Cuando a finales del siglo XIX la geografía moderna empieza a institucionalizarse como disciplina académica, la región se convierte en una de sus construcciones conceptuales básicas a la vez que en uno de los territorios esenciales cuyo estudio llega a justificar la razón de ser de la misma geografía. Evidentemente el estudio de la región como espacio delimitado sobre la superficie terrestre no es nuevo de este momento: ya los geógrafos de la antigua Grecia o los tratados medievales de corología se dedicaban con esmero a este quehacer, mientras que Vareño lo diferenciaba de las geografías orientadas a la búsqueda de regularidades y las reflexiones teóricas sobre el territorio. Quizá uno de los elementos que caracteriza el estudio regional que se inicia a finales del siglo XIX es que las estrategias sociales, económicas y, sobre todo, de poder que se dan en esta época introducen un nuevo imaginario en el estudio de las regiones. La evidencia empírica ya no es argumento suficiente y las fronteras de las regiones las trazan los geógrafos en base a determinados criterios de supuesta y necesaria diferencia siguiendo los postulados que imponen los poderes dominantes en el mundo occidental. La geografía se pondrá entonces rápidamente al servicio de esta nueva (di)visión del mundo en la que los intereses políticos y económicos dirigen el destino del territorio y, pues, de la ciencia geográfica.

Siguiendo esta óptica, la regionalización (la caracterización de unos determinados ámbitos territoriales con rasgos comunes) empieza a hacerse bajo dos ópticas distintas. Por una parte, a partir de sucesivas divisiones exhaustivas del mundo: en este sentido, y como ejemplo de ello, la reciente crítica orientalista ha demostrado cómo «oriente» es una «región» que

no existe como tal y que, en todo caso, resultó ser (además de un reflejo de la fascinación por ciertas civilizaciones pasadas) un producto intelectual europeo decimonónico que permitió, al definir a un supuesto «otro» que vivía en dicho «oriente», identificarse a uno mismo como europeo, como occidental. La definición de «oriente» fue un intento de comprender, pero sobre todo una voluntad de controlar, manipular e incorporar lo que era (es) un mundo manifiestamente diferente (alternativo y nuevo) que al definirlo como inferior, necesitaría de la acción civilizadora, racionalizadora y progresista de occidente.

Por otra parte, la regionalización también se entiende agregando puntos en el espacio hasta configurar piezas que encajan armónicamente entre ellas. Así, las monografías «regionales» propuestas por Paul Vidal de la Blache presentaban un encaje preciso en que las comarcas (*pays*) eran el resultado de un largo y sereno diálogo con la naturaleza (*paysage*), y en el que los rasgos de la cultura local (*genres de vie*) imprimían un carácter e identidad (*personnalité*) que, puestos en común con otras comarcas, constituían (por *circulation*) la lógica incuestionable del sistema regional por excelencia: el estado-nación francés.

Además de contribuir a la consolidación de una determinada mirada sobre el territorio y de unas determinadas relaciones de poder, es también cierto que los conceptos y los métodos de la geografía regional «clásica» respondían de forma bastante adecuada al retrato del mundo preindustrial (de la Francia rural, tal como se le criticó al mismo Vidal de la Blache), donde los lazos entre cultura y naturaleza eran fáciles de aprehender. Dado que el estudio regional se identificaba con la geografía (hasta el punto de que una tesis doctoral de tipo «regional» se convertía en la llave de entrada en el mundo académico) y ante las estrechas relaciones que se establecían entre cultura rural, paisaje y región (*paysan, paysage, pays*), la descripción de la singularidad regional obligaba al geógrafo a una gran carga de sensibilidad y destreza literaria y, dicho en palabras de Hart, se convirtió en «*the highest form of geographer's art*».

El llamado análisis locacional propio de la geografía teórico-cuantitativa también utilizó la región como célula básica de su malla espacial: la regionalización pasó a ser vista como una forma de clasificación de la información geográfica, una taxonomía de problemas y combinaciones analizables, eso sí, a través de modelos en un espacio concebido como abstracto. Quizá por esta nueva razón o quizá, con más seguridad, por la fuerza y centralidad del estudio regional en las estructuras institucionales de la geografía académica, la geografía regional sobrevivió a la desaparición de las viejas regiones (rurales, locales, autárquicas). Donde no sobrevivió fue en el reconocimiento amplio de la relevancia social de este tipo de estudio y enfoque: las regiones entendidas como sistemas abiertos, como redes de conexiones entre lugares, pusieron en evidencia la base puramente convencional de sus delimitaciones y el carácter imaginario de su conceptualización; la sociedad y la comunidad científica entendieron mal la poesía de la singularidad y la descripción sin supuesta interpretación. El desprestigio de la geografía regional arrastraría a la misma geografía.

2. REGIÓN, POSTMODERNIDAD Y POSTMODERNISMO

2.1. La crisis regional y el contexto de la postmodernidad

No hay un único criterio a la hora de decidir qué es lo que define la postmodernidad pero es cierto que determinados acontecimientos parecen marcar indefectiblemente este momento: el

papel creciente y decisivo de las tecnologías de la información y la comunicación; la aparición de una nueva economía desmaterializada, deslocalizada y basada en la globalización del capital, los servicios y la información; el fin de la guerra fría y el hundimiento del bloque comunista; la introducción de nuevas formas de realidad urbana y metropolitana (la ciudad dispersa, el márketing y la competitividad entre ciudades, nuevos roles para en el centro histórico, etc.); la fragmentación de lo social y el advenimiento del multiculturalismo y el mestizaje; el triunfo de la imagen, del simulacro, de la representación, de lo virtual, de lo banal; etc.

La postmodernidad se acompaña de una mutación espacial básica: se habla de comprensión espacio-temporal, es decir de una aniquilación del espacio por el tiempo. La revolución de los transportes y de las telecomunicaciones no ha anulado el espacio, pero ha transformado profundamente su organización y su percepción, sobre todo en el espacio-mundo, a la escala global. Así, las grandes metrópolis mundiales, muy bien conectadas entre ellas gracias a sus plataformas aeroportuarias y su acceso a las más rápidas tecnologías de la comunicación, funcionan en red. Mundos que vivían de manera separada a mediados del siglo XX se encuentran yuxtapuestos en el XXI. Muchas fronteras (materiales, pero también políticas, económicas y culturales) han sido borradas, si bien otras han aparecido; el espacio es más fluido y se presta a todas las confrontaciones.

En el seno de este «hiperespacio» configurado por una red mundial y descentralizada, a los individuos les es difícil localizarse, confrontados como están ya no a su medio más inmediato sino a un horizonte inmenso, múltiple, fragmentado y a veces inaprensible. La creciente confusión entre lo real y lo virtual conlleva una notable pérdida de identidad y, como reacción, a la creación de nuevas comunidades y territorios utilizados como anclajes defensivos que ayuden a resituarse ante aquella deslocalización. Estas mutaciones espaciales también producen nuevas movi­lidades cosmopolitas y mestizajes antes impensables, así como unos repliegues singularizadores e identitarios. Todo ello implica grandes desafíos para la geografía ya que existe un nuevo mundo por explicar: la geografía económica se enfrenta a los cambios espaciales introducidos por los modos de producción postfordista y los intercambios mundializados; la geografía urbana debe afrontar el desafío de los paisajes posturbanos de ciudades «nuevas» como Los Angeles y de ciudades «históricas» como Amsterdam; la geografía política debe explicar la reorganización neoimperial del mundo tras la guerra fría; la geografía cultural interpreta los mestizajes y las reconfiguraciones identitarias.

Si las fronteras tradicionales se desvanecen, si las definiciones estables ya no existen, si los factores caracterizadores desaparecen: ¿existen todavía regiones? ¿han sido substituidas por redes? ¿la globalización hace del mundo una única gran región?

2.2. La crisis regional y la oscilación del postmodernismo

El postmodernismo, en tanto que corriente de pensamiento propio de las ciencias sociales que cuestiona el proyecto científico heredado de la Ilustración y constitutivo de la modernidad, es una oscilación epistemológica enorme y multidimensional que presenta dos aspectos esenciales.

En primer lugar, y en el ya citado marco de la postmodernidad donde el mundo se presenta dividido en múltiples áreas culturales y fragmentado en diferentes comunidades, ningún discurso, ningún dogma, ninguna teoría, ninguna metanarrativa puede pretender tener un valor uni-

versal. Tampoco, pues, el concepto de región puede continuar siendo unívoco y excluyente. Tampoco la razón (de ser, de estudio, de enfoque) de la geografía regional puede seguir ofreciendo un discurso basado en el empirismo idiográfico que deja hablar la realidad por sí misma y que, por lo tanto, queda sin posibilidad de discusión y al servicio de la razón preestablecida.

En segundo lugar, se trata de una crítica epistemológica que se articula a partir de las relaciones entre poder y saber ya que denuncia cómo demasiado a menudo la ciencia se ve comprometida con sus fines, los cuales se justifican en sí mismos y a los requerimientos de los poderes políticos y económicos del mundo occidental más que en supuestas científicidades. Dichos poderes son los que han promovido el desarrollo de ciertos discursos científicos y los que, a través de la colonización, el imperialismo cultural o la mundialización de la economía, los han difundido e impuesto en casi todas partes, intentando convencernos de su objetividad y universalidad. La crítica postmoderna se encarga de poner en cuestión esta supuesta universalidad y de reintroducir el discurso del «otro», de dar voz a aquéllos que el mundo moderno hizo callar. Este «otro» a menudo se identifica con los pueblos anteriormente colonizados, pero también con todas las «minorías» sin voz (o con voz tutelada, o no reconocida oficialmente) que viven en el corazón de occidente: mujeres, grupo étnicos, homosexuales, etc. Desde la legitimidad de la voz y la mirada de cada una de dichas «comunidades minoritarias» pueden surgir otras explicaciones (quizá más veraces) y que ponen en duda las del «hombre-blanco-occidental-heterosexual».

En este contexto de deconstrucción absoluta, está claro que los estados-nación, las provincias o las comarcas no pueden continuar siendo el (único y exclusivo) marco de estudio regional ya que están siendo superados «por arriba» (ante los procesos de globalización y desregulación) y «por abajo» (ante la explosión de las singularidades interdependientes). Esta deconstrucción del estado-nación como espacio-mitológico del nacionalismo también trasluce una crítica al discurso «regional» justificado en las propuestas vidalianas. El «lugar» (un lugar que, de hecho, es una región efectivamente flexible) tiene ahora un papel central en los análisis postmodernos, muy sensibles tanto a las cuestiones identitarias y comunitarias como a la unicidad y universalidad de los objetos y los ámbitos. Las identidades tienen que ver con los lugares: por una parte, la pertenencia a un lugar participa de la definición, construcción y transformación de uno mismo; por otra parte, el espacio fragmentado en lugares por las distancias, interviene en la fabricación de las identidades. Las mujeres, las minorías étnicas o sexuales, las clases sociales, y un largo etc. de grupos subalternos no pueden ser aprehendidos y comprendidos sin tener en cuenta los lugares con los que se identifican y que los identifican.

3. UNA (NUEVA) GEOGRAFÍA REGIONAL... LLENA DE LUGARES

Hiperespacios, nodos, redes, contextos, identidades, comunidades... en el fondo la geografía contemporánea sigue hablándonos de regiones. O más bien de lugares. O mejor, de regiones que son lugares.

3.1. Breve genealogía de la noción de lugar: herencias menospreciadas...

La geografía humanística de la década de 1970 se sirvió de la fenomenología y del existencialismo para resituar la disciplina en el marco de la experiencia humana, incorporando

el estudio de la libertad, de la consciencia, de las emociones, de los sentimientos, de las sensaciones, de las percepciones, de las ideas, como elementos esenciales de la interpretación territorial. El lugar es el ámbito donde se lleva a cabo la relación entre el ser humano y el mundo, donde se desarrolla la experiencia geográfica del ser humano. No se trata de un punto entre otros puntos del espacio, de una localización que puede analizarse de manera objetiva y «desde el exterior». El lugar es siempre el lugar «de alguien», es el centro de su universo en tanto que portador de significados y de identidades: el «sentido del lugar» aparece ligado al sentimiento de pertenencia. A partir de ahí, se distinguirán los lugares «auténticos» (que permiten este proceso en el que un espacio —abstracto— se convierte en lugar, cargado de significados e identidades, de «topofilias») de los «inauténticos» (anónimos, deshumanizados) en los que se da más bien la deslocalización como experiencia vivida.

A pesar de que muchos de los postulados de la geografía humanística hayan quedado marginados de las grandes líneas del pensamiento geográfico contemporáneo posterior, su conceptualización del lugar y la trascendencia del mismo en la comprensión de muchos procesos sociales, culturales y políticos del territorio ha ido penetrando en el discurso de la geografía actual sin reconocer (por menosprecio o por olvido) que se trata de una herencia de la etapa humanística. La idea de lugar está muy presente en la geografía postmoderna que la aborda, bien es cierto, sin referirse al marco fenomenológico.

3.2. ... y fuentes de inspiración

La teoría de la estructuración de Anthony Giddens resulta otra fuente de inspiración y referencia ya que integra los términos de lugar y regionalización. Según Giddens no hay que ver la estructura social como algo externo que se impone a los seres humanos y determina sus acciones sino como algo dual: las estructuras aseguran el mantenimiento de la organización de la sociedad y, pues, condicionan las decisiones y las elecciones de los individuos, pero, a la vez, los individuos son agentes activos que marcan los rasgos de dichas estructuras.

Las implicaciones geográficas de esta interpretación son notables ya que para Giddens (inspirándose en la geografía temporal de Hägerstrand) el lugar es también algo dual: producto de la sociedad (resultado del comportamiento geográfico de los actores) y, a la vez, matriz y partícipe de la reproducción de dicha sociedad (el espacio como condicionante de dichos comportamientos). El lugar permite pensar la «contextualidad», el hecho de que toda vida social sobreviene en unas intersecciones de presencia y de ausencia que, al mismo tiempo, la constituyen; la integración social se opera por unas acciones rutinizadas entre unos actores co-presentes en el espacio-tiempo.

Pred aplicó la teoría de la estructuración al campo de la geografía histórica en su estudio de la Suecia meridional entre los siglos XVIII y XIX. Allí demuestra cómo el lugar es un «proceso históricamente contingente» que asegura la interdependencia entre lo social y lo espacial: los seres humanos producen la historia y los lugares y, al mismo tiempo, son producidos por éstos. El lugar constriñe y, al mismo tiempo, permite nuestras acciones; a su vez nuestras acciones construyen y mantienen los lugares.

3.3. Ya lo dijo Vidal: «¡la ciencia de los lugares!» (y todavía hoy...)

Ciertamente, cuando Vidal de la Blache escribió esta célebre frase más que definir el objeto de estudio de la geografía pretendía situarla estratégicamente en el marco de las diferentes ciencias; no obstante, no deja de ser una afirmación substancial y trascendente para ser recuperada hoy, ya que pensar el espacio en términos de «lugar» permite subrayar su carácter fundamentalmente heterogéneo. Recientemente, diversos enfoques que si bien no comparten las mismas orientaciones pero que en conjunto se desmarcan del análisis espacial y de su concepción del espacio como algo isotrópico, han así utilizado las capacidades del «lugar» para hacer estallar el «espacio».

De entre estos enfoques, la geografía económica neomarxista manifiesta su interés por la heterogeneidad al reivindicar los lugares (los estudios de localidades o *locality studies*) como punto de partida. A principio de la década de 1980 Doreen Massey (junto con otros estudiosos británicos) se refiere a las «divisiones espaciales del trabajo» para explicar la gran variedad de marcos locales producidos por la evolución reciente de la economía capitalista, en un intento por evitar los análisis tradicionales de la geografía económica basados en tratar primero las formas de producción para después examinar su traducción sobre el espacio en términos de localización. Massey afirma que el espacio interviene directamente en la reproducción de las estructuras sociales y económicas y que no hay que separar lo espacial de lo económico y lo social: tanto los mercados de mano de obra, como la distribución de las actividades de producción, o las estructuras regionales de clase participan conjuntamente de una misma realidad económica, fundamentalmente espacial. La heterogeneidad del espacio, es decir, la existencia de lugares diferentes (en términos de producción, de división del trabajo, de clases sociales) es un fenómeno de base de la economía capitalista: el estudio de los lugares (en este caso, de las «localidades») constituye, pues, un reto científico de primer orden. Se trataría, entonces, de «levantar acta» de la especificidad, de la unicidad del lugar, que resulta como producto de estructuras más amplias.

A finales de la década de 1980, el lugar hace también su aparición en geografía política al poner en duda que sea (solamente) el territorio del estado el marco de estudio óptimo para analizar las mutaciones geopolíticas. El papel de las culturas locales en la resistencia a las políticas nacionales (la tensión entre el lugar y el espacio) y las nuevas formas y estrategias de la gobernabilidad resultan aspectos clave de la geografía política presente.

El renovado éxito del concepto de lugar en la geografía contemporánea procede de razones y de enfoques muy diferentes y su interés radica, también, en su capacidad de incluirlos a todos. Para unos permite poner el acento sobre la dimensión subjetiva de la experiencia geográfica mientras que para otros, ayuda a comprender los actores geográficos que, a la vez, producen el lugar y son producidos por él. En cualquier caso, el lugar permite articular la heterogeneidad de concepciones que se refieren en torno al espacio geográfico actual.

En ocasiones a la geografía regional española más directamente influenciada por la geografía francesa (y, en ella, por la geografía regional vidaliana) se le hacen extraños los contextos epistemológicos que le son poco conocidos: que existan escasas incursiones de la geografía española en la fenomenología, la teoría de la estructuración, el neomarxismo o el postmodernismo no significa que sus posturas no sean aceptables ni asumibles. Región y lugar son conceptos que el vuelco postmoderno ha obligado a «reciclar»; junto a ellos, un

bagaje teórico y conceptual que permite abrir nuevas interpretaciones y ampliar las miradas pone en las manos de los geógrafos de este país los instrumentos para avanzar en la propia disciplina, superar estériles debates sobre áreas de conocimiento, y profundizar en su relevancia social.

3.4. Pero, a ver si nos entendemos: ¿de qué lugar hablamos cuando hablamos de lugar?

En castellano hablamos de *lugar*, pero indudablemente este concepto no se corresponde exactamente con el inglés *place* ni, a su vez, éste es el exacto equivalente del francés *lieu*. En el lenguaje común (no científico) «lugar» a menudo se utiliza como sinónimo de país, comarca, región (palabras para las que los geógrafos se esfuerzan en dar significados más precisos) pero siempre relacionados con ámbitos referenciales «locales», «localizados», de proximidad por identidad e identificación.

En francés, como en castellano, el lugar a menudo es definido como un punto casi geométrico, como el ámbito escalar básico dentro del espacio geográfico; según Jacques Lévy el lugar es un espacio donde se considera, por hipótesis, que la distancia que separa los diferentes fenómenos que lo componen es nula. Está claro que en inglés la asonancia *space/place* se ha convertido en una dialéctica, lo que ha contribuido a aquel renovado éxito antes citado. En inglés, las implicaciones de escala son relativas y el campo de aplicación es muy vasto de manera que no extraña verlo referido tanto a la habitación de una casa como a un barrio, una ciudad, un país o incluso un continente; ello contribuye quizá, a que sea más fácil el paso a su consideración por parte de las nuevas geografías regionales.

Ya en la década de 1970 y con ocasión del «redescubrimiento» por parte de la geografía humanística anglosajona de la idea de lugar, la región vidaliana fue uno de los elementos de referencia considerados. Ambos enfoques compartían un interés por la subjetividad de la experiencia geográfica y por la representaciones sobre las cuales los actores geográficos fundamentan sus comportamientos. Para los geógrafos humanísticos franceses el primer e indiscutido «espacio vivido» ha sido el de la región, el cual ha sido utilizado para aprehender la experiencia geográfica humana, tal y como el *place* lo ha sido para los anglosajones.

Además, y a pesar de las notabilísimas diferencias (basadas sobre todo en el distinto énfasis en el excepcionalismo y en el enfoque idiográfico), tanto el inglés *place* (de las nuevas geografías regionales) como el francés *région* (de la geografía vidaliana) han permitido o permiten poner el acento sobre la heterogeneidad del espacio y la unicidad de los objetos geográficos, prestando ambos atención a los hechos de cultura y sociedad en tanto que dimensión esencial de la especificidad de las regiones y los lugares. También el *place* inglés encuentra, a veces, una óptima versión en el concepto de «territorio», utilizado para superar el «espacio» neutro y objetivo propio del análisis espacial y dotarlo de un mayor contenido de identificación social y de apropiación política. Definitivamente, *lugar* es un concepto mucho más polisémico que el de *región*.

4. UNA GEOGRAFÍA CON PROBLEMAS (¿NOS LOS TOMAMOS COMO RETOS?)

Los cambios y los retos que se plantean en los contextos del postmodernismo y de la postmodernidad aparentemente parecerían confirmar el no-futuro de la geografía regional... al

menos entendida ésta en el sentido más clásico. Los problemas esenciales que cuestionan su viabilidad serían de diversa índole.

4.1. Problemas con la «materia prima»: cambios en la región y el lugar

Por una parte es evidente que muchas de las «regiones» que tradicionalmente habrían sido tema y ámbito de estudio están hoy siendo «desplazadas» por una profunda reorganización espacial que pone en duda la comprensión de las regiones como áreas continuas y delimitadas. Esta circunstancia se da en un buen número de aspectos, algunos de los cuales son bien estudiados por geógrafos, economistas y sociólogos: por ejemplo, la expansión multinacional de las empresas con oficinas y fábricas esparcidas por todo el mundo no sólo ha hecho replantear la linealidad de los procesos productivos sino que ha integrado en una misma razón de ser a lugares distantes en el espacio, en las estructuras sociales y en las formas de desarrollo. También en el registro de la cultura, su progresiva espacialización favorece la aparición de sucesivos simulacros que no sólo propician su total mercantilización sino que ponen en serios aprietos a las representaciones y los imaginarios clásicos de espacios inamovibles, fragmentándolos en nuevas «regiones» definidas por distintos criterios de *genre de vie* y que crean unos *paysages* totalmente diferentes. En el ámbito social y cultural, la proliferación de diferentes estilos de vida ha propiciado también que sus miembros «territorialicen» sus rasgos en determinados lugares como un signo esencial de su identidad, por encima incluso de las *personnalités* regionales tradicionales: a pesar de los costos implícitos (cada vez menores dadas las posibilidades técnicas y de la distribución) el capital promueve y se aprovecha de esta fragmentación del espacio (una nueva *circulation*) en más y más segmentos o «lugares de mercado», frente a los mercados clásicos identificados y protegidos por el marco del territorio del estado-nación. Paradójicamente, el capital global al convertir la heterogeneidad en valor de cambio y mercantilizar la cultura de lo local, incrementa la velocidad de la uniformización y también de los beneficios. Homogeneización y fragmentación entran en una misma dimensión: ciertas fronteras desaparecen y surgen otras distintas.

Por otra parte si bien es cierto que en la actualidad los contextos territoriales son «consumidos localmente», cada vez son menos «producidos localmente». Los campesinos de las regiones «vidalianas» se identificaban con ellas porque las conocían a fondo por experiencia directa (ellos mismos eran quienes «producían» y «consumían» el territorio). A lo largo del siglo XX la sociedad occidental ha ido desarrollando niveles de identificación comunitaria con los lugares y las regiones basados en la información elaborada y distribuida a través de los medios de comunicación y gracias a la mayor movilidad favorecida por la facilidad de los viajes. Las comunidades actuales basan su sentido de identidad (los lazos afectivos, las subjetividades, las redes sociales) tanto en el contacto y la experiencia directa como en lo imaginado, lo intangible, lo simbólico, lo representado. Este mayor y más generalizado conocimiento hace que las comunidades que se constituyen sean muchas más y, a menudo, más amplias (en cantidad de población, en alcance); sobre todo son mucho más volátiles y cambiantes pero también más críticas ya que se replantean los criterios sobre los cuales tradicionalmente se habían constituido algunas «comunidades imaginarias» tales como las del estado-nación.

Las regiones tradicionales (y las formas tradicionales de entender y estudiar las regiones) estallan. Porque las nuevas regiones analizadas no tienen delimitación precisa; porque sus elementos constituyentes son variables en el tiempo, en el espacio y en la comparación entre regiones; porque de los procesos de mundialización emerge un «localismo globalizado» y, a la vez, un regionalismo fundamentado en la producción y reproducción de comunidades de consumidores dispuestos a absorber mercancías (no siempre materiales: a menudo virtuales y simbólicas) como signos de su identidad social, cultural, económica y territorial. Ciertamente, a nivel conceptual, la región nunca tuvo límites, ni sus elementos integrantes fueron estables y definitivos, ni sus escalas consideradas algo inamovible. Pero el nivel «material» de las regiones (esos objetos estudiados por los geógrafos) se ve completamente replanteado: se trata ya de otros ámbitos, otros referentes; se introduce una total heterogeneidad de criterios; las escalas y los tiempos se superponen.

A diferencia de lo que sucedía en los *pays* vidalianos, hoy una misma persona puede identificarse y «pertener» a distintos lugares a la vez, en una múltiple militancia locacional. Hoy un mismo lugar puede ser referente y «pertener» a diversas personas o comunidades a un mismo tiempo, en un juego de heterotopías simultáneas. Hoy un mismo lugar puede ser filtrado por distintas miradas a la vez y ser, todas ellas, perfectamente válidas y plausibles. Hoy un mismo lugar puede ser muchos lugares a la vez. A pesar de esta aparente diversidad y dispersión, en un mundo de certezas cambiantes el lugar resulta ser el ámbito de máxima identidad y seguridad.

Además, ante la variabilidad y difuminación de los límites y ante el juego de escalas que define cada territorio, lo que hoy tenemos son, más propiamente, series de «lugares» o de «localidades» esparcidos por el mundo en el contexto de extensas megalópolis; cada uno de ellos tiene unos mismos (o similares) estilos de vida asociados, que se diferencian sólo por leves variantes locales. Quizá porque no se trata de las regiones tradicionalmente estudiadas (los países, las provincias, las comarcas), quizá porque no responden al sentido clásico del concepto y de la metodología utilizada para definir las (sus componentes y sus definiciones son muy distintas), quizá porque se trata de espacios con una escala aparente algo menos vasta (más concreta, más «local»), quizá porque las tradiciones francesa y anglosajona han entendido estas palabras de manera diferente (*region, place, lieu*), es que hablamos más propiamente de «contextos locales», de «localidades», de «lugares».

4.2. También problemas con los métodos y las técnicas de estudio

Para el geógrafo regional este nuevo marco es, obviamente, muy difícil de tratar y especialmente si se compara con la sociedad de la época de Vidal de la Blache y con los métodos por él propuestos: múltiples comunidades locales autónomas asociadas cada una de ellas con una forma de vida estable producto de una relación secular con el medio y desarrollando unas estrategias económicas, sociales y culturales perfectamente adaptadas a él.

Hoy cabe plantear un grave problema relacionado con la representación de este mundo en el que, de entrada, se hace difícil definir lo que significa «contexto», «comunidad», «local» o «región». A pesar de reconocer la dificultad inherente a toda innovación, las vigentes estrategias textuales (de estudio, de presentación, de representación) dejan mucho que desear: en la edad de la televisión instantánea y de internet, las geografías regionales a menudo siguen

ofreciendo retratos pintorescos y estáticos cuando no simplemente enciclopédicos. En un mundo de comunidades virtuales, de identidades híbridas y de subjetividades difusas, los manuales de geografía regional siguen utilizando categorías categóricas y variables invariables. Los atlas siguen siendo «universales» (por absolutos) y rebosantes de fronteras. Las asignaturas siguen ofreciendo panoramas compactos y definitivos «de Europa», «de España», «de MI comunidad autónoma». Todavía preocupados por la científicidad, utilizar estadísticas sigue insuflando garantía de calidad, mientras que el uso de las sensaciones o los sentimientos infunde sospecha. Las síntesis regionales siguen siendo previsibles compendios ordenados de eruditos saberes ajenos, aunque a veces ni el compendio ni los saberes (ni el contenido ni el continente) exista más que en el tópico y en la tradición.

En las llamadas «geografías imaginativas» las imágenes son tratadas como objetos de estudio y como llaves para entender cómo se construyen y transmiten las identidades. Las imágenes (ideas, textos, mapas, fotografías) reproducen el mundo tal como es pero a la vez lo influyen decididamente al crear y recrear los mensajes que se desea transmitir al mundo. Así, por ejemplo, desde la geografía política la nación ha empezado a ser estudiada como un excelente caso de «comunidad imaginada», analizando las múltiples y cambiantes representaciones que se han dado para justificar su existencia, su cohesión, su expansión.

Quizá las metodologías cualitativas presentan dificultades específicas pero es seguro que permiten un mayor acercamiento a las subjetividades, a las sensibilidades, a las razones escondidas y a los argumentos no oficiales. En ocasiones esta metodología es de uso obligado ya que determinadas comunidades no figuran en los anuarios estadísticos y ciertos territorios sólo se visualizan cuando se escarba en la identidad de sus integrantes. Se necesita una mirada especial por parte del investigador para aprehender lo simbólico e intangible que identifica y distingue un lugar; pero, a su vez, sólo el reflejo de esa mirada puede delatar hasta qué punto las representaciones que existen sobre ese lugar han contribuido a su construcción.

5. RECAPITULANDO: ALGUNAS BASES PARA UNA «NUEVA GEOGRAFÍA REGIONAL»

5.1. Geografía regional como estudio de las localidades

En un intento de poner en contacto el trabajo teórico sobre la acción humana y la estructura espacial en un contexto empírico, Doreen Massey centró su análisis geográfico en interpretar cómo el cambio social y económico varía de un lugar a otro. En un ejercicio práctico de estudio de la reestructuración socioeconómica en el Reino Unido de la década de 1980, se desarrolló una línea de argumentación parecida a la expuesta por Anthony Giddens pero difundiendo el concepto de localidad para referirse al espacio donde tiene lugar la vida laboral y de consumo de las personas. Las localidades vienen a ser la consideración conjunta de la estructura social y de la acción humana en el espacio y en tanto que centros de la conciencia colectiva así como expresiones del interés social y político.

Una de las diferencias substanciales respecto a la geografía regional «clásica» es que el ámbito de estudio, la delimitación de la región, no viene dado apriorísticamente ni tampoco son fijos ni constantes los temas de estudio en relación a cada región o localidad. Dado que no se pretende remarcar la unicidad ni la singularidad de la región en estudio sino destacar

cómo los aspectos generales y globales inciden localmente en ella (y, viceversa, en qué medida los rasgos locales influyen en los cambios globales), se rompe así el excepcionalismo que tradicionalmente había caracterizado los estudios regionales posibilitando una interpretación fundamentada en teorías y modelos y, por lo tanto, comparable y generalizable.

Existe un interés explícito en evidenciar cómo los procesos y estructuras económicas y sociales globales (teóricos, generales, con dimensión espacial y temporal) producen, reproducen y transforman cada lugar, cada región, en una combinación múltiple y compleja de procesos singulares e irrepetibles. Así, el énfasis radica, más que en la misma región, en su proceso de configuración histórica y geográfica. Cada región es considerada no como un objeto clasificable en un marco taxonómico, sino como una estructura en constante evolución, formada y transformada a partir de la sucesión de secuencias históricas definidas por la reproducción de las peculiares relaciones sociales de cada contexto regional. La diferenciación regional es, pues, el producto de un proceso dialéctico entre la influencia del espacio en el contexto social y la incidencia de la sociedad sobre el marco espacial. La región es a la vez un medio y un resultado.

5.2. Geografía regional como estudio de los lugares

La lógica postmoderna ha propiciado que la cultura deje de ser vista como un conjunto relativamente uniforme y normativo de creencias, valores actitudes, comportamientos y productos. Minorías y/o grupos subalternos cuyas voces habían sido anteriormente excluidas reclaman ahora atención como partes esenciales del sistema social: las variables de género, de clase, de etnia, de edad, de condición física, etc. delimitan las singularidades culturales de grupos específicos, cada cual con unas estructuras sociales y unas espacialidades específicas que obligan a replantear las geografías de la cultura y las relaciones entre cultura y espacio.

Al mismo tiempo, los nuevos contextos de la producción, la distribución, las tecnologías y las comunicaciones hacen que el consumo se convierta no sólo en una transacción económica para suplir determinadas necesidades sino en una actividad esencial que modela la vida individual y social en el mundo contemporáneo hasta el punto de determinar la propia identidad y permitir revisarla tantas veces como sea conveniente. El consumo de determinado tipo de moda, de comida, de música, de sexo, de apariencia corporal, de ocio, de estilo de vida, etc. da lugar a nuevas comunidades cuyas identidades culturales resultan ser tanto o más fuertes que las tradicionales y que, gracias a las nuevas tecnologías, incluso superan las barreras del tiempo y del espacio: estas nuevas comunidades tienen, pues, sus propias pautas de regionalización, crean sus propias «regiones», aunque utilizando unas escalas, unos territorios, unas variables de cohesión e identidad distintas a las de antaño.

Estos nuevos procesos culturales siguen siendo desiguales socialmente y desequilibrados territorialmente (sigue habiendo «regiones ricas» y «regiones pobres»): no todas las personas ni todos los lugares tienen igual acceso a todos los bienes y servicios pero es cierto que las antiguas fronteras culturales (de lengua, etnia, formación, etc.) que parecían estables en el tiempo y en el espacio no sólo son abiertamente transgredidas sino que son las áreas de máximo interés; es en la permeabilidad y fluidez de los espacios y los grupos marginales donde las personas (individual y colectivamente) negocian y definen sus identidades culturales. La hibridez y el mestizaje son, por fin, valorados por sí mismos y como productos de una

realidad viva y creativa y no como la degeneración de unos rasgos culturales preestablecidos.

La nueva geografía cultural, que a veces se hace difícil distinguir de una geografía propiamente social, se detiene, pues, en el estudio de las espacialidades y socialidades de un amplísimo abanico de grupos minoritarios y/o subalternos que tienen como único elemento en común precisamente su carácter de minoría: las de tipo étnico o religioso (gitanos, negros, judíos, pueblos indígenas, etc.), por razón de edad (adolescentes, ancianos, etc.), orientación sexual (*queer*, gays, lesbianas, etc.), condición física (discapacitados, etc.), comunidades salidas de la inmigración o la minoría (que numéricamente es mayoritaria) de las mujeres.

Indudablemente es en las grandes metrópolis occidentales globalizadas donde se concentran gran parte de los temas de estudio: es allí donde se mezclan las vibrantes hibrideces humanas, donde se dan los más fuertes contrastes sociales y económicos, donde se replantean los usos y funciones de la ciudad histórica, donde el *márqueting* urbano marca las pautas de la competitividad, donde se localizan los nodos de un sistema globalizado y los anclajes de un planeta-archipiélago. Con todo, existe otro reto, no suficientemente resuelto, que radica en cómo tratar los lugares donde estos referentes no son tan evidentes (zonas rurales, países del tercer mundo) o en el también necesario tratamiento de grupos mayoritarios (o «no minoritarios», «no subalternos», «no marginados»).

6. ENTONCES, EN QUÉ QUEDAMOS: ¿SIGUE TENIENDO SENTIDO LA GEOGRAFÍA REGIONAL?

6.1. Porque todavía hay regiones... ¿no?

Evidentemente siguen existiendo regiones y, por lo tanto, sigue existiendo la necesidad de una geografía regional. No obstante, el interés por las regiones ya no se fundamenta tanto en su retrato estático, si no en el estudio de su formación y transformación en tanto que nodos de redes o como condensaciones de una amplia variedad de variables espacio-temporales. Al profundizar en su historicidad, lugares y regiones son vistos como procesos históricamente contingentes que hay que interpretar, ya que su simple descripción resulta inútil. La dinámica deconstructiva del momento presente nos empuja a dejar de ver las regiones como «espacios delimitados», células absolutas, piezas que encajan en el rompecabezas mundial; también tendemos a denunciar a la geografía regional «tradicional» por haberse dedicado a caer en el juego de los poderes de una determinada época, inventando el imaginario preciso para crear un mundo de culturas supuestamente homogéneas e inmóviles, introspectivas e irremediabilmente localizadas. Aunque es fácil denunciar épocas pasadas cuando nuestra mirada presente ha cambiado totalmente, cada vez parece más claro que cada región, cada lugar, está constituido y es producto de su única y singular participación en una serie de «geometrías variables» configurada por una interdependencia de poderes translocales y transregionales.

Este proceso de deconstrucción que permitió superar la consideración simplista de la región como un ente definido en un marco de coordenadas escalares sin más, empezó por tratar la región como el producto de procesos externos, localizados «fuera» de sus dimensiones y ámbito: las regiones empezaron a ser vistas como lienzos sobre los que dejan su huella la globalización, las fluctuaciones del sistema capitalista, o los cambios en las pautas de localización económica. Posteriormente, los procesos observados en las regiones también son vistos como algo interno (a pesar de que la distinción entre «interno» y «externo» sea cada vez

más problemática): las regiones son, también, condensaciones más o menos volátiles de instituciones y de objetos, de prácticas y de personas conjunta e íntimamente involucradas en el funcionamiento y el resultado de dichos procesos locales. Finalmente, las regiones son ya vistas como la combinación única, singular e interdependiente de procesos internos y externos, creando dinámicas translocales y transregionales. Si cada una de dichas combinaciones (cada «estrato») se produce en (y es producto de) un determinado momento histórico, en el fondo cada región es la combinación única, singular e interdependiente de múltiples estratos: un palimpsesto que utiliza y visualiza de forma desigual textos del pasado y del presente, propios y ajenos.

La región, el lugar, sigue siendo la quintaesencia de la geografía pero el énfasis radica cada vez más en su historicidad, en su proceso de construcción, producto de aquella múltiple combinación de poderes, conocimientos y espacialidades. La formación y transformación de las regiones está hecha de procesos materiales y discursivos, físicos y simbólicos, palpables y representados, económicos y culturales, humanos y sociales, reales e imaginados; y todo ello sedimentando en paisajes físicos, políticas públicas, geografías imaginativas. A algo similar Soja lo llama *third space*.

6.2. Pero, ¿cómo estudiarlas?

Está claro que definir las regiones como condensaciones parciales, híbridas y porosas de tramas de relaciones sociales, políticas y económicas que crean y son creadas por complejas cohesiones identitarias en diversos ámbitos de geometrías variables e inconstantes... genera serias dificultades de expresión y representación: ¿cómo trasladar esta teorización a la praxis? ¿cómo *hacer* una geografía regional renovada?

Los expertos reconocen que no es fácil pero también afirman que no es un problema exclusivo de la geografía regional; en todo caso, (en nuestro país) se hace necesario y urgente desarrollar un debate, un posicionamiento, una reflexión teórica sobre los estudios regionales. Es imprescindible dar (nuevas) respuestas tanto a los (nuevos) temas como a las (nuevas) audiencias. Y es preciso hacerlo con una voz adecuada, autorizada, responsable, capaz de transmitir la realidad de lugares, regiones y paisajes como algo más que una exposición inerte de categorías, un listado aburrido de datos o un poema épico y nostálgico. Desde otras disciplinas (la arquitectura o los estudios culturales, la crítica literaria o la antropología) a menudo se dan interpretaciones sugerentes e innovadoras que, además, saben conectar con los lenguajes y las expectativas tanto de la calle como de los intelectuales; el enfoque amplio, versátil y flexible de la geografía y de los geógrafos, debería ser una ventaja añadida.

Existe la imperiosa necesidad de explicar los lugares y de representar las regiones de tal forma que nuestras audiencias (desde nuestros actuales y futuros estudiantes hasta cualquier ciudadano; desde la sociedad civil hasta los poderes públicos) se vean en la necesidad de tener en cuenta el territorio, preocuparse de él, actuar sobre él. De ahí la múltiple importancia de «abrir» el concepto y el estudio regional: porque las regiones y los lugares han cambiado y la sociedad nos pide explicaciones e interpretaciones de dichos cambios; pero también para evidenciar la relevancia social de la geografía. Se trata, pues, de un compromiso intelectual pero también de un compromiso político.

Sin entrar en detalle en innovaciones temáticas y nuevas propuestas de estudio, lo cierto es que las nuevas geografías regionales y de los lugares deberían considerar de una manera más amplia los intercambios simbólicos sobre el espacio: el complejo mundo de los discursos textuales y mediáticos influyen en los debates, manipulan las opiniones y enmarcan las decisiones políticas sobre el territorio hasta el punto que en la sociedad contemporánea la creación y circulación de símbolos e imágenes supone un factor esencial que en gran medida determina (o al menos condiciona) nuestra relación con el espacio.

Relacionado, en buena parte, con lo anterior, habría que tener más presentes los contextos particulares en los que individuos y grupos reciben y negocian su identidad y su posicionamiento social y político. Las relaciones y las estructuras de poder son efectivamente teorizables pero el contexto las filtra de tal modo que hace comprensible la singularización. Si la lógica económica, social y política del espacio productivo ya ha sido ampliamente analizada, la mercantilización del contexto es un aspecto en el que profundizar, especialmente ante la constatación de que se trata del ámbito donde el consumo está marcando más decisivamente las pautas de identidad y, pues, está desplazando a las prácticas habituales de cohesión social.

A la hora de encontrar nuevas formas de representar las regiones y los lugares queda mucho por hacer: evidentemente hay que afinar nuestras habilidades en la escritura pero sobre todo en la «lectura». Esta lectura de los lugares debería hacerse en el sentido más extenso posible, ampliando el abanico de «textos»: mapas, imágenes, símbolos, signos, textos literarios, películas, publicidad, diálogos, entrevistas, expresiones corporales, formas artísticas... Y todo ello conscientes de que no se trata de fuentes de información sino de productos y productores de la regionalización. Recientemente las geografías del género, de la sexualidad, de la etnicidad y algunas propuestas enmarcables en la nueva geografía cultural pueden dar pautas a seguir, dado que han sido de las primeras en buscar posibilidades alternativas de representación al dar una atención preferente a la construcción de espacios de significado localizados fuera de las relaciones globales de poder y conocimiento. Estas metodologías no deben sorprendernos: las fotografías recogidas por Jean Brunhes en los *Archives de la Planète* no son un simple inventario de una época sino que es una decidida apuesta por una determinada mirada sobre el mundo y el mismo Paul Vidal de la Blache remarcaba la importancia de la destreza artística de los geógrafos.

6.3. Ni regiones singulares, ni regiones sin lugares

La geografía regional sigue siendo algo esencial dentro de la práctica de la geografía. Y lo es porque al interrogar los lugares, plantea (pregunta, explica, cuestiona, critica) la realidad del mundo de una manera contextual y demuestra que el contexto, la interdependiente complejidad de lo singular, no puede ser obviado por las grandes teorías explicativas. Quizá ya no existen aquellas regiones singulares de antaño, si por singular entendemos exclusivo y excluyente, estático y autista. Pero a pesar de las sucesivas olas globalizadoras y homogeneizadoras que nos quieren convencer de lo contrario, los lugares existen, son nuestros contextos, son las escalas de la geografía regional.

Lejos quedan (deberían quedar) los debates entre región natural y región funcional, sobre los problemas de comarcalización o de la división territorial de la España autonómica, sobre

las formas, los métodos y las técnicas de las monografías regionales, sobre la congruencia del llamado «análisis geográfico regional». Nada que ver tampoco con la reivindicación de localismos naïf ni con políticas «de campanario» como fáciles revulsivos antiglobalización. Lugar, región: se trata, como siempre y una vez más, de la explicación, la interpretación, la crítica y la denuncia de las desigualdades, los desequilibrios, las explotaciones, las manipulaciones del dominador sobre el dominado/a en un mundo que pertenece a ambos. Se trata, como siempre y una vez más, del compromiso con la justicia social para quien, sin voz o sin medios, consciente u obnubilado, se ve abocado a producir y a consumir hasta transformar su forma de ser y su forma de estar en el mundo y, pues, transformar el mismo mundo. Se trata, como siempre y una vez más, de la explicación y la interpretación, de abrir los ojos a un mayor conocimiento, de intercambiar miradas sobre una misma realidad.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Lluís Riudor y a Perla Zusman sus estimulantes comentarios y oportunas críticas sobre una primera versión de este texto. Agradezco también a Anna Clua haberme permitido adoptar y adaptar el título de su artículo «Investigaciones singulares y audiencias sin lugares: los estudios culturales sobre recepción», *Voces y Culturas*, 16 (2000), pp. 29-46.

BIBLIOGRAFÍA

- AGNEW, J.A.; DUNCAN, J.S. (eds.). (1989): *The Power of Place. Bringing together geographical and sociological imaginations*. Boston, Unwin Hyman.
- ALBET, A. (1993): «La nueva geografía regional o la construcción social de la región», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 13, págs. 11-29.
- BENKO, G.; STROHMAYER, U. (eds.). (1997): *Space & Social Theory. Interpreting Modernity and Postmodernity*. Londres, Blackwell.
- BERQUE, A. (2000): *Écoumène. Introduction à l'étude des milieux humains*. París, Belin.
- CLAVAL, P. (1993): *Initiation à la géographie régionale*. París, Nathan.
- COCHRANE, A. (1995): «Global worlds and worlds of difference» En: Anderson, J.; Brook, C.; Cochrane, A. (eds.): *A Global World? Re-ordering Political Space*. Oxford, Oxford University Press, págs. 249-279.
- COOKE, P. (1989): *Back to the future: modernity, postmodernity and locality*. Londres, Unwin Hyman.
- CORBOZ, A. (2001): «Le territoire comme palimpseste» En: Corboz, A. *Le territoire comme palimpseste et autres essais*. Besançon, Les Éditions de l'Imprimeur, págs. 209-229.
- COX, K. (ed.) (1997): *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of Local*. Nueva York, Guilford Press.
- CRANG, M. (1999): «Globalization as Conceived, Perceived and Lived Spaces», *Theory, Culture & Society*, 16, págs. 167-177.
- CRANG, P. (1999): «Local-Global» En: Cloke, P.; Crang, P.; Goodwin, M. (eds.). *Introducing Human Geographies*. Londres, Arnold, págs. 24-34.
- CUNDARI, G. (1990): *Geografia regionale. Itinerari teorici e percorsi applicativi*. Milán, Franco Angeli.

- DEMATTEIS, G. (1995): *Progetto implicito. Il contributo della geografia umana alle scienze del territorio*. Milán, Franco Angeli.
- DUNCAN, S. (1989): «What is a locality?» En: Peet, R.; Thrift, N. (eds.). *New models in geography (vol. II)*. Londres, Unwin Hyman, págs. 221-252.
- ENTRIKIN, J.N. (1991): *The Betweenness of Place. Towards a Geography of Modernity*. Londres, Macmillan.
- GAY, J-C. (1995): *Les discontinuités spatiales*. París, Economica.
- GREGORY, D.; URRY, J. (eds.). (1985): *Social Relations and Spatial Structures*. Londres, Macmillan.
- HAESBAERT, R. (1999): «Região, diversidade territorial e globalização», *Geographia (Universidade Federal Fluminense)*, 1, págs. 15-39.
- HOEKVELD, G.A.; HOEKVELD-MEIJER, G. (1991): *Regional development, spatial and societal contexts. Key concepts in regional geographic methodology*. Utrecht, Geografisch Instituut Rijksuniversiteit Utrecht.
- JOHNSTON, R. (1991): *A Question of Place. Exploring the Practice of Human Geography*. Oxford, Blackwell.
- JOHNSTON, R.J.; HAUER, J.; HOEKVELD, G.A. (eds.). (1990): *Regional Geography. Current developments and future prospects*. Londres, Routledge.
- KEITH, M.; PILE, S. (eds.). (1993): *Place and the politics of identity*. Londres, Routledge.
- MASSEY, D. (1996): «A Global Sense of Place» En: Daniels, S.; Lee, R. (eds.): *Exploring Human Geography. A Reader*. Londres, Arnold, págs. 237-245.
- MASSEY, D.; ALLEN, J. (eds.). (1984): *Geography matters!* Cambridge, Cambridge University Press.
- MASSEY, D.; JESS, P. (eds.). (1995): *A Place in the World? Places, Cultures and Globalization*. Oxford, Oxford University Press.
- MEEGAN, R. (1995): «Local worlds» En: Allen, J.; Massey, D. (eds.). *Geographical Worlds*. Oxford, Oxford University Press, págs. 53-104.
- NOGUÉ, J. (1989): «Espacio, lugar, región: hacia una nueva perspectiva geográfica regional», *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 9, págs. 63-79.
- NOGUÉ, J. (ed.). (1990): «Regió i geografia regional», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 21, págs. 9-132.
- NOGUÉ, J.; VICENTE, J. (2001): *Geopolítica, identidad y globalización*. Barcelona, Ariel.
- PAASI, A. (1986): «The institutionalization of regions: a theoretical framework for understanding the emergence of regions and the constitution of regional identity», *Fennia*, 164 (1), págs. 105-146.
- PAASI, A. (1991): «Deconstructing regions: notes on the scales of human life», *Environment and Planning A*, 23, págs. 239-256.
- PAUL, L.J. (ed.). (1989): «Post-war development of regional geography», *Nederlandse Geografische Studies*, 86, págs. 5-82.
- SIMARD, M. (2000): «Communautés locales et espace-monde. Les processus identitaires de la postmodernité». *Géographie et Cultures*, 36, págs. 3-20.
- SMITH, S.J. (1999): «The Cultural Politics of Difference» En: Massey, D.; Allen, J.; Sarre, P. (eds.). *Human Geography Today*. Cambridge, Polity Press, págs. 129-150.

- SOJA, E. (1996): *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*. Oxford, Blackwell.
- STASZAK, J.F. (et alii). (2001): *Géographies anglo-saxonnes. Tendances contemporaines*. París, Belin.
- SWYNGEDOUW, E. (1989): «The heart of the place: the resurrection of locality in an age of hyperspace», *Geografiska Annaler B*, 71, págs. 31-42.
- THRIFT, N.J. (1990): «For a new regional geography 1», *Progress in Human Geography*, 14 (2), págs. 272-279.
- THRIFT, N.J. (1991): «For a new regional geography 2», *Progress in Human Geography*, 15 (4), págs. 456-465.
- THRIFT, N.J. (1994): «Taking Ain at the Heart of the Region», en: Gregory, D.; Martin, R.; Smith, G. (eds.). *Human Geography. Society, Space and Social Science*. Londres, Macmillan, págs. 200-231.